

LA ÚLTIMA DÉCADA

Eduardo OBESO

Para Lurdes

¡Ah, los ochenta! ¿Cómo será recordada —cómo recordaremos— esta década extraña, feroz, inane y divertida? ¿Con la nostalgia plácida y sonriente con que se añoran los buenos momentos ya idos o tal vez con indisimulado desprecio, o con alivio, o con indiferencia? Pero, ¿será acaso recordada? O más contundentemente: ¿valdrá la pena que algún día, cierta tarde, alguien la rescate del olvido y la desempolve? ¿Habrá en los ochenta algo recordable, algo memorable, o el esfuerzo de hurgar en ellos será estéril y desaconsejable?

Yo les juro que lo he intentado. Yo he intentado establecer una tipología minuciosa y exacta de las décadas según su contenido global, esto es, atendiendo al número y al grado o intensidad de sus diversos contratiempos y de sus diversos beneficios. Porque ha habido, esto es innegable, décadas monstruosas y delirantes y décadas anodinas, décadas razonables y décadas cursis, sublimes o decididamente idiotas. Ha habido décadas rotundas, de aristas claras y firmes como un esqueleto de acero, y décadas difusas e imperfectas y de contornos inciertos, como si estuvieran forjados con la materia (sutil) del sueño, de los sueños. La duda es: ¿para quién ha sido así y no de otra manera? ¿Para el que las contempla y califica impunemente desde fuera? ¿Para el historiador? ¿Para el arqueólogo? ¿Para el estudiante de EGB porque así lo dice el árido manual de Historia? ¿O más bien para las personas o ciudadanos que habitaron esa década y en ella trabajaron y sufrieron y procrearon y cantaron (si sabían o les apetecía) y tal vez se constiparon? ¿O sólo para una parte de ellos? ¿Y decían en qué porcentaje? Seamos rigurosos. Para cada ciudadano que ha vivido en la década de los ochenta cada día de la misma —y dentro de cada día, de cada hora, y dentro de ésta, cada minuto— ha significado una cosa diferente (o parecida quizás, pero no idéntica) respecto a los demás días de esa década y asimismo respecto al resto de sus coetáneos, lo cual complica infinitamente la posibilidad de hacer un balance global y mínimamente científico. Habría que proceder más o menos así: en primer lugar, cada ciudadano debería evaluar la década día por día o, para mayor exactitud, en proporciones de tiempo aún más pequeñas y condensadas. Luego habría que multiplicar el número de esas porciones de tiempo en que queda fraccionada la década por el número total de habitantes, un número irritablemente aleatorio o fluctuante dado que muchos de ellos no acabaron o coronaron la década —murieron— y otros la comenzaron ya mediada o casi finalizada. Y, finalmente, habría que sacar el promedio de ese número total de porciones de tiempo vividas por la totalidad de los ciudadanos según la calificación que cada uno hubiera otorgado a cada porción. Obtendríamos, así, el balance global de la década.

Esto en cuanto al contenido. Porque las posibilidades combinatorias se disparan hasta lo inagotable al considerar que, cronológicamente, las décadas pueden ser dilatadas o comprimidas o décadas pura y simplemente. Así pues, habrá ciudadanos para los que estos diez años hayan transcurrido velozmente, como si de un expreso se tratara, un expreso que no se hubiera detenido en ninguna estación y ellos, los viajeros, tan sólo hubieran apresado en sus retinas la imagen de un paisaje mutante y confuso y les apenas profundamente no haberse apeado en cierta colina, no haber

admirado debidamente cierta ribera. Para otros, en cambio, habrá durado mucho más. Inacabable, tediosa, la década se habrá deslizado con la lentitud y la pesadez de un enorme paquidermo. Y para otros, en fin, habrán sido diez años, justamente. ¿Cómo determinar, entonces, su duración real?

Pero no seamos derrotistas: lo bueno, lo soportable de una década (de cualquier década) es que, tarde o temprano, se acaba. Y la injusticia contra la que debemos sublevarnos, protestar enérgicamente, patear, gritar hasta enmudecer, declararnos en huelga de hambre, presentar incansables recursos al Defensor del Pueblo e incluso manifestarnos masiva y solidariamente, es la atroz arbitrariedad y masedumbre con que una década está ligada a otra. Debemos rebelarnos contra la tiranía del Tiempo.

Pero ya no hay Tiempo. Se ha acabado; se nos ha acabado. La idea que tenemos del Tiempo (su representación) es deudora del concepto lineal y proyectivo que la cultura judeocristiana tiene de la Historia. El tiempo que habitamos, o que nos habita, es un tiempo esencialmente mesiánico. O lo que es lo mismo, con Futuro. ¿Qué sería, sino, de los Bancos y de las agencias aseguradoras y de sus formidables planes de jubilación sin ese fetichismo ñoño que es la esperanza? Es ciertamente curioso comprobar cómo a la demolición ilustrada de la imagería o mitología cristiana han sobrevivido muchos de los valores y de los gestos que la sustentaban y concedían sentido y verdad. Ha perdurado, por ejemplo, el concepto de Historia como Progreso; la Historia (pero ya no, ya no hay Tiempo) como una autopista más o menos accidentada, de dirección única invariable y con una terminal de peaje francamente apoteósica en la cual, Dios Padre, barbudo, tocado con una visera gris, luminoso e implacable, separará con divina ecuanimidad a los conductores cautos de los conductores temerarios e impacientes, a saber, aquellos que quisieron llegar antes o que optaron por no llegar ya de madrugada y ebrios o cambiar insensatamente de carril donde sólo había uno. Admirable.

Pues bien, la caída del muro de Berlín no sólo ha puesto punto final a la década de los ochenta sino también —y esto es lo nuevo, lo asombroso, lo irremediamente clausurado el Tiempo y la Historia. La desaparición oficial y simbólica del comunismo abre unas grietas en nuestra civilización —la occidental— como ningún otro seísmo cultural o ideológico había provocado desde hace, al menos, mil quinientos años. El marxismo ha sido el último intento de explicar el Mundo de una forma total y cerrada, de reducirlo a sistema. La falacia de tal pretensión, que ya se había hecho evidente tras el sesentayocho, ha sido por fin reconocida por quienes la habían impuesto y aplicado, de forma brutal e indecente, sobre sus súbditos. El triunfo del proletariado, una versión secularizada y bastante rastrera del Juicio Final, ya no cancelará la Historia. Desde hace unos meses vivimos instalados físicamente en la no-Historia, en un vacío aún innominado y cuyo alcance desconocemos. Y de la misma forma que el cristianismo, herido de muerte tras la Ilustración, ha continuado dando brega y haciendo estragos (y aún los hará pero sin argumentos ni convicción) es de prever que idéntica inercia prolongue la agonía de un moribundo que, de hecho, ya se ha extinguido: el comunismo. La ausencia de un sistema totalizador que haya to-

mado el relevo de la Historia dándole un rumbo nos pone en una situación pavorosa, y lo sabemos. El abismo se puede formular así: no vamos a ninguna parte. Las televisiones, es cierto, continúan emitiendo sus aniquiladores programas; los jóvenes acuden a las discotecas a machacarse los tímpanos; la cretinización de los políticos aumenta a medida que los ciudadanos nos infantilizamos y nos convertimos sumisos, correctos, aplicados párvulos. Parece, en efecto, como si nada hubiera ocurrido, como si ningún cambio se hubiera operado cuando, en realidad, ya nada será igual, ya nada podrá serlo a partir de ahora, ahora que ya no hay Historia ni por tanto Futuro ni Redención.

Que no haya Historia ni Futuro (que no haya Tiempo) no implica que no podamos vivir. Que la vida, tras esta brutal fractura, nos resulte intolerable, abyecta, desnortada, fofa, o sencillamente impresentable. ¿No hay Futuro? Pues nada, nos inventamos (nos inventan) un futuro de pega, con minúsculas, un futuro doméstico, funcional, plegable. De lo que se trata, en suma, es de que no cunda el pánico. Y los Bancos, las agencias aseguradoras y el Estatuto se encargarán de planificar, dosificar, administrar a su antojo ese futuro sin Futuro, nuestra muerte.



¿Y ahora? Estrictamente no puede haber salvación, ni siquiera su posibilidad que es una de las prerrogativas o beneficios del Tiempo. Desahuciados por la Historia, privados de nuestra categoría de sujetos históricos, nada podemos esperar porque nada se nos ha prometido. (Las promesas se han desvanecido). La memoria ha dejado de auxiliarnos frente al vacío; sólo hay un simulacro o sucedáneo o parodia de la memoria y es el archivo, la hemeroteca, el terminal del ordenador donde se almacenan toneladas de información. La memoria colectiva es el paradigma de la ocultación y del olvido, y la memoria personal, nuestra propia memoria, es cada vez más delgada y más brumosa, porque para que las cosas que hacemos o que nos afectan cuajen y dejen huella en nosotros, nos impregnen o se impriman con la suavidad y perdurabilidad de un pincelazo sobre un lienzo, debemos ser porosos y estar alertas y apurar los instantes con intensidad y reflexivamente, y somos cada vez más dispersos y banales e insensibles, seres sin memoria. Sólo nos queda la amnesia.

Una cosa podemos decir cabalmente de los años ochenta: que ninguna otra década ha sido tan abrumadoramente documentada. Lo cual ha sido posible gracias a la absoluta ubicuidad, ante la que el mismísimo Dios palidece de envidia, de los medios de comunicación de masas. Ningún acontecimiento por irrelevante o prosaico que fuera (un partido de fútbol regional, el bautizo del hijo de un actor) ha dejado de ser puntualmente filmado o fotografiado, consignado por escrito o grabado verbalmente, difundido y, finalmente, archivado. Quien dentro de un siglo o de dos (pero ya no hay Tiempo) desempolva las piezas de esta década, la última década de la Historia, la podrá reconstruir como un mecano de increíble y milagrosa precisión: segundo a segundo, milímetro a milímetro, sin que nada falte, ni un gesto ni una palabra ni un silencio. Por esto mismo ha sido una década sin memoria en la cual cada cosa que ha ocurrido (automáticamente vampirizada por los medios de comunicación) ha anulado sin transición a la anterior y asimismo ha sido inmediatamente eliminada, borrada sin dejar rastro por el siguiente suceso o acontecimiento. E incluso en muchas ocasiones, quizás las más, muchos de esos sucesos o acontecimientos han sido tales porque previamente han sido seleccionados y ampliamente difundidos y elevados de esta forma al rango (pero va pervertido) de sucesos y acontecimientos.

El dilema ahora es el siguiente: ¿es posible un discurso positivo fuera de la Historia? ¿Nos engullirá inevitablemente este nihilismo en el que chapoteamos con suicida autocomplacencia? Yo no lo sé. Y no sé si es posible aún articular un discurso de afirmación y de resistencia pero lo cierto, lo alarmante es que estamos al borde del encefalograma plano y que cada vez nos parecemos más a esos personajes de Beckett, desmemoriados e incoherentes, con la voluntad hecha trizas, patéticamente desterniantes. Y como a ellos, nuestros hermanos, únicamente nos queda el balbuceo o el monólogo imparabable y sin sentido. O, afortunadamente, el silencio.